

LIBROS

Icaria, lejana y sola

Nunca llegaron a la ciudad prometida los bandoleros del prelorquiano Villalón, nunca llegó a Córdoba el misterioso jinete de García Lorca; ahora, Xavier Benguerel ha decidido que ya nunca llegará a Icaria y ha escrito una novela que la otra noche ganó el Premio Planeta y dos millones de pesetas. Benguerel es uno de los grandes escritores catalanes del exilio, como Bartra, Pere Quart, Ventura Gassol, Mercè Rodoreda, Carner... Nació en Barcelona, cuando se cumplía la primera década del siglo; nació precisamente en un barrio popular y «populoso», tópico redundante con el que la prensa suele calificar al Pueblo Nuevo. Un barrio entonces industrial y marinero y ahora convertido en uno de los infiernos más inhabitables y a la vez más habitados de la ciudad. Benguerel perteneció a aquella promoción de escritores de la República que se propusieron secundar la consigna cultura-de-escribir narrativa en lengua catalana, tratando de alcanzar en la novela las altísimas cotas logradas en poesía por la promoción de los Carner, Riba, Sagarra, López Picó, Guerau de Liost.

«Suburbis», su primera novela, traduce el arraigo del escritor en su medio natal, el que le propuso el primer descubrimiento de la realidad. «Gorra de plat» («Gorra de plato»), «Els vençuts» («Los vencidos»), «Xavier Benguerel es confessa de las seves relacions amb...» («Xavier Benguerel confiesa sus relaciones con...»), son otros títu-



Xavier Benguerel.

los que le han dado cartel de excelente novelista catalán. Editorial Alfaguara tradujo y editó «Gorra de plat» en castellano, en un a todas luces insuficiente intento de peninsular la obra de Benguerel.

La ocasión parece haber llegado ahora: Benguerel escribió originalmente *Icaria, Icaria...* en lengua catalana, y él mismo la tradujo al castellano. La obra aparecerá en ambas lenguas en ediciones de Editorial Planeta, en una operación cultural comercial que, «a priori», puede calificarse de hábil: la bondad de la obra es indiscutible, se lanza al mercado español un «nuevo nombre» y se deja atado y bien atado el mercado catalán. Se ha especulado sobre la posibilidad de que Benguerel sea criticado en algunos sectores catalanistas por haber ganado un Premio «en lengua castellana». El propio autor ya ha clarificado desde las primeras manifestaciones pospremio que la obra fue inicialmente escrita en lengua catalana. Por otra parte, Benguerel había publicado literatura directamente escrita en castellano para sobrevivir durante su largo exilio en Chile.

Icaria, Icaria... es una doble narración, en la que se alterna la peregrinación de los cabeceros que en el siglo XIX trataron de conformar un falansterio en América del Sur y la peregrinación de la promoción ca-

talana de la República que tuvo que afrontar el 18 de Julio y sus aplazadas consecuencias. De alguna manera, la obra puede ser el testamento moral de buena parte de aquella promoción, hoy día caracterizada por una curiosa mezcla de lucidez histórica y cansancio biológico. Benguerel es un escritor distanciado de lo que él llama «cenáculos y capillistas», y creo que en su caso están todos los que escriben en esta ciudad, tan poco apta para, o necesitada de, cenáculos y capillistas. Se ha autodefinido así: «Soy un hombre que a veces se siente muy cansado y deprimido, pero en realidad soy muy apasionado. En lenguaje de hoy se puede decir que soy un escritor comprometido».

Ganador sobre Pedro de Lorenzo, un competidor de envergadura si tenemos en cuenta el «ranking» de la «literatura establecida», Benguerel puede aportar al Planeta una de sus primeras novelas que unan a la cualidad de premiadas la de legibles. De momento, el viejo Lara ya ha anunciado que la próxima convocatoria del Planeta puede aportar al país un escritor con cuatro millones de pesetas en el bolsillo. Según mis últimas noticias, muchas máquinas se han desenfundado y kilómetros de folios inician el viaje hacia Icaria, lejana y sola. ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.

Sevilla: De la difícil problemática de presentar un libro

No es la primera vez que esto ocurre en nuestra pequeña patria de las letras, aunque ello prefigure una contradicción latente respecto a las facilidades que, al parecer, trata de propugnar la Administración en lo referente a aperturas.

El prolífico Antonio Burgos —comienza a ser impresionante la lista de libros que en poco tiempo ha publicado— ha parido recientemente una «Guía secreta de Sevilla», que tiene la gracia que Antonio gasta en asuntos semejantes y que se puso en circulación sin más problemas.

Pues bien, el pasado día 4 estaba prevista la presentación oficial del libro en Tito's, un bar muy a lo inglés en la plaza del Cristo de Burgos (vulgo plaza de San Pedro). Para conmemorar el acto como se merecía, un barman sevillano había creado un cóctel especial, que, de acuerdo con la ocasión, había bautizado con el nombre de «guía secreta». Todo de lo más normal, o si se quiere, de lo más festivo, pero sin pasar de ahí.

A las ocho de la tarde era la convocatoria. Minutos antes fuimos llegando los invitados primerizos: Vaz de Soto, Paco Vélez y Marino Viguera, a la par del que esto suscribe. Pero no pasamos de la puerta, ya que en la misma, dos lindas azafatas— todo estaba organizado con la mayor corrección y galanura— nos indicaron que el acto se había suspendido por decisión gubernativa.

El día era propicio a sobresaltos a escala ciudadana, ya que en su inicio, los trabajadores de FASA se habían manifestado masivamente, tras el cierre de su factoría por decisión de la empresa, y hasta habíase llegado a practicar algunas detenciones y constitución de asamblea permanente por parte de los trabajadores.

Alguien dijo entonces que seguramente debido a la proximidad del Sindicato del Metal —casi a espaldas de la plaza citada— y en evitación de cualquier problema, las autoridades habrían optado por la medida profiláctica de suspender la presentación del libro. Otros, sin embargo, no llegaban a entender tal medida —si hubiérase producido con semejante intención—, ya que un acto como el que se proyectaba en el Tito's poco tenía que ver con reivindicaciones salariales.

Según noticias detectadas, al parecer no había por qué unir el hecho de la suspensión del acto proyectado en el Tito's con los problemas metalúrgicos. La gestión ante las autoridades para contar con el consentimiento y permiso, habíala realizado la editora del libro, y al no tener noticia de la autorización y personada en el Gobierno Civil, se encontraron con la no autorización, sin tiempo para avisar a los invitados.

Pero si esto es cierto —lamentablemente hemos de movernos a la sombra de suposiciones—, lógico sería entonces informar debidamente, por parte de la autoridad competente, de los hechos motivadores de su actitud, al objeto de no dar pie a lucubraciones que tan sólo sirven para fomentar la ceremonia de la confusión, a la que, al parecer, tan dados somos.

Una vez más se ha observado cierto divorcio entre las formales promesas de la Administración en cuanto a la supresión de ciertas trabas que puedan presuoner una modernización del Sistema, frente a suspensiones de actos públicos, hecho aún de más difícil comprensión a escala sevillana, cuando hace escaso tiempo, las autoridades locales dieron muestras de comprensiva actitud liberalizadora al autorizar un acto masivo y público con motivo de la presencia en nuestra ciudad del señor Piñar, sin que sucediera nada de nada, ya que los sevillanos sabemos compor-

arnos civilizadamente. ■ FERNANDO ALVAREZ PALACIOS.

CINE

Sólo un eco de Scott Fitzgerald

«Tom y Daisy eran descuidados e indiferentes; aplastaban cosas y seres humanos, y luego se refugiaban en su dinero o en su amplia irreflexión, o en lo que demonios fuese que les mantenía unidos, dejando a los demás que arreglaran los destrozos que ellos habían hecho». Este párrafo de las últimas páginas de «El gran Gatsby», de Scott Fitzgerald —que la película recoge a través de la voz en «off» del narrador—, sintetiza el que quizá sea tema esencial del relato: la inconsciencia y frivolidad de unos personajes que juegan con los demás como si de objetos se tratase. Personajes no individuales, sino representativos de una alta clase social que basa sus privilegios en el dominio económico mantenido durante generaciones. A dicha clase quiere acceder Jay Gatsby mediante el uso y la exhibición de una fortuna rápidamente adquirida. Pero él no pertenece por origen a ese mundo —cerrado, racista, hipócrita— y su tentativa ha de acabar en el fracaso. El «gran Gatsby» se revela entonces como un ídolo con los pies de barro, y así, el propio título de la narración deviene algo irónico, mordaz, entrecorrido.

Al lado de la descripción de esta sociedad inconsciente, superficial y evasiva —tanto por tradición como por deseo de olvidar la aún reciente gran guerra—, cuyos supuestos económicos y morales iban a